

POTOTO

(A Esteban Los Santos)

POLOETXANIZ



HE vuelto a recorrer el Jaizkibel desde Lezo hasta Hondarribi recordando la primera vez cuando niño, de la mano de Pototo, entonces entre árboles.

En esa ocasión, almorzando sobre el Fuerte de Guadalupe, me contó su primera excursión, de la mano de su padre, hasta Hernani, a plantar cara a los de allí, que habían jurado romperle la crisma en represalia por haberles volado a cañonazos el Ayuntamiento en la segunda guerra carlista.

Y como tenía la impronta de Bersolari para urdir en un santiamén la patraña más descarada, aprovechaba el almuerzo de queso y el consiguiente café completo para convencerme de que ese día íbamos a comer como los franceses que, según él, lo hacían al revés, empezando tal cual y terminando por la sopa, mientras sus mujeres fumaban.

De vuelta por Oyarzun, me enseñaba los vericuetos por donde muchas noches trepaban y se escurrían como zorros, pues, tras haberles limpiado las perras a los oyarzuarras en apuestas de fron-

tón con los ases renterianos, festejaban a las mozas del lugar dejando a los mozos sin plata ni hembras, lo que ponía a éstos como motos; y a lo oscuro, para vengarse, se agazapaban con idea de pillarles a la vuelta de la «neska laguntza», corriéndolos a pedradas hasta Larzábal por lo menos.

Peripecias que, oficialmente por lo menos, acabaron cuando una (de los 19 hijos que un baserritarra-ranchero-panadero-barero había tenido con su tercera mujer) zagala nacida vecina de Unamuno y criada en la Pampa vino a sujetar al perla, acotando estrechamente su campo de actividades.

Una de las cuales, habitual, era la asistencia cotidiana a las escuelas de democracia que eran nuestras sidrerías, antes de que la cultura del vino iniciara su popularización con los primeros inmigrantes, que quedaban aturdidos al verles sobrepasar los cien vasos de una sentada y que probablemente no hubieran sobrevivido al contemplar aquella movida, una de tantas (en la que también fueron cómplices Txikarron, Saku y Txingurri), atentos al «bertso» de un conspicuo que alertó («gota de aceite» en campo esmeraldino), sobre la excepcional calidad de la sidra de determinada kupela en tal sidrería.

La reacción inmediata de coger las mantas, irse, instalarse en el baserri y volver al txoko a los cuatro días tras haber dado fondo a la kupela, a punto estuvo de costarles el gañote, reos de no participar del momio al resto del personal, guardándose para su insaciable morro tan sensacional hallazgo. Hubo suerte de que entre los sedientos, para compensar, había seteros que ni a su madre descubrían sus «filones».

No la hubo tanta en casa donde la «etxekoandre» persistía inquisitoriamente sobre ausencia tan justificada, amagando escobazos y perjurando, entre jaculatorias, diezmar aquella banda de pen-dejos.

Pero la suerte de los Felones es infinita, y como la moda de esas fechas era, no se qué Expo Universal, para evitar explicaciones, Pototo y «otro-uno» se marcharon a Sevilla.

Y la otra guerra la dejó a sus hijos, pues él ni la mili hizo al librarse, como decía, en el «suerteo» y por tanto no estaba ni entrenado.

Así que dejó a Juanito y cuatro más tomando San Marcos a punta de pistola y se marchó a Saint Jean, donde había descanso entre guerras y se podía tomar hasta cognac sin necesidad de liarse a trabucazos.

Porque Pototo era, ante todo, un hombre de paz y de jolgorio.